

Acercarse al otro. Historias de vida de jóvenes indígenas universitarios.

Reflexiones sobre una experiencia de investigación

José Cervantes Sánchez

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

cervantes.jose@gmail.com

1. ¿Acercarse al otro? Preguntas iniciales

¿Hasta dónde puede el investigador, en verdad, acercarse al otro? Más aún, si ese acercamiento es posible, ¿qué lo hace valioso? ¿qué lugar tienen el respeto, la escucha atenta, el deseo de comprender la enorme complejidad que se despliega en las respuestas a las preguntas hechas desde uno mismo, desde sus límites –existenciales, teóricos, metodológicos? Estos cuestionamientos son fundamentales si uno parte de la convicción de que en el ejercicio de investigación se acerca a la intimidad del otro, a una zona privada, sagrada, que generalmente permanece guardada, cerrada, protegida de las miradas curiosas, y que sin embargo, la investigación aspira a abrir y conocer, al menos, en parte. Hasta dónde llegará esa apertura, hasta qué punto el investigador será capaz de mirar, de sorprenderse, de entender, de preguntarse, es algo que se irá revelando a medida que avanza el mismo acercamiento. Dependerá de que se conjunten una serie de condiciones que propicien la confianza, además de la habilidad del investigador para acercarse, hacerse presente, interesarse, estar allí en el momento preciso, y observar, preguntar y, sobre todo, escuchar. A fin de cuentas, es investigación, pero también existencia, experiencia humana, intersubjetividad en pleno sentido. Allí reside, creo, su riqueza y, al mismo tiempo, su dificultad.

2. *Las historias de vida como estrategia metodológica*

La conveniencia y utilidad de los métodos biográficos para la investigación social, y en especial la historia de vida, se ha constituido, ya desde hace tiempo, en un debate. El fondo del asunto nos remite a la disputa entre quienes, desde una posición más positivista insisten en cuantificar la realidad para hacer previsiones y predecir el futuro, y adoptan una visión orientada a la contabilización y la elaboración de modelos matemáticos. Desde esa óptica sólo vale lo que es replicable, “objetivo” (así, entre comillas), aséptico y distante. Contrasta con la posición de quienes hacen énfasis en la importancia de entender la realidad a partir de su exploración, buscando los elementos que permitan construir hipótesis explicativas y comprensivas de la realidad, siempre compleja y difícil de asir. En cuanto a la metodología de investigación, como camino de acceso a la realidad, me adscribo a esta última postura, desde los planteamientos hechos por Ferraroti (2007) cuando insiste en que el ser humano, más que un número, es un proceso, y de Bertaux (2005) y su perspectiva etnosociológica, cuando asume que es posible comprender una realidad social a través de la mirada de los individuos que narran su historia, o una parte de ésta.

Al debate académico sobre los métodos biográficos han contribuido de manera significativa, entre otros trabajos, el Campesino Polaco de Thomas y Znaniecki en el primer cuarto del siglo XX y que abrió todo un nuevo horizonte para la investigación social y antropológica. De manera similar, en México la publicación de *Los Hijos* de Sánchez, de Oscar Lewis, hacia la mitad del siglo, marcó un hito que no sólo sacudió el mundo académico, ofreciendo nuevas perspectivas para la investigación, sino que cuestionó el imaginario colectivo, especialmente la visión que en el sentido común se tiene de las clases subordinadas. Quizá algo ha cambiado recientemente en las ciencias sociales, y por ello resulta ilustrativa la postura de Bourdieu (2010), sin duda uno de los sociólogos más importantes del siglo, quien pasó de denunciar *la ilusión biográfica*, aduciendo que sus métodos se habían colado a las ciencias sociales de contrabando, a dedicar uno de sus últimos libros, *La miseria del mundo*, a contar historias de vida como medio para comprender lo que sucede en los espacios de socialización contemporáneos.

Para Bertaux, uno de los impulsores de los métodos biográficos, la investigación con historias –él prefiere el término *relatos*– de vida es pertinente cuando se trata de individuos en situaciones específicas, a partir de las cuales desarrollan estrategias de socialización, esquemas de percepción y valoración que a su vez dan cuenta de su mundo social, es decir, de las estructuras en las que se hayan insertos y que tienen implicaciones en su vida cotidiana.

Para acceder a ello es necesario captar esa realidad concreta, dar cuenta de los significados que no siempre se dicen abiertamente y, por lo mismo, escapan a una mirada superficial. Se trata, en lenguaje de la hermenéutica, del encuentro del horizonte *emic* del narrador y el *etic* del investigador, con lo que la tarea central del análisis comprensivo se orienta a arrojar luz sobre los mecanismos sociales que tienen una incidencia significativa sobre la experiencia del sujeto, inmerso a su vez en un marco histórico social específico. Desde esta perspectiva, un modelo de análisis adecuado es el que facilita la comprensión de los fenómenos observados y que, a simple vista, aparecen desagregados y desconectados. Por todo esto, para Bertaux (2005), en el trabajo de investigación la recolección de datos ocupa un lugar central, pues para entender la realidad es necesario invertir tiempo en la elaboración de detalladas descripciones, ya que sólo la profundización de la situación del micromundo estudiado nos permitirá elaborar principios comprensión más allá del sentido común, viables, verosímiles, retadores, complejos.

Ferraroti (2007), por su parte, hará énfasis en un punto capital: el ser humano no puede reducirse a un dato, sino que se encuentra implicado en procesos, y en tanto ser social, nunca está solo, sino que siempre está en relación con otros, es interdependiente, y lleva implícita una historicidad. Este autor asume, de entrada, que el individuo no actúa movido por el azar, sino que existen modelos, cultura, que orientan la acción cotidiana de manera más o menos explícita. En su propuesta metodológica confronta a quienes afirman que las macroestructuras “no hacen nada” y afirma que éstas condicionan las acciones de los individuos, pues favorecen unas, mientras propician que otras sean vistas con sospecha e incluso lleguen a ser estigmatizadas.

Desde un matiz diferente, el de la literatura y la comunicación, para Leonor Arfuch, el acercamiento del investigador al sujeto que investiga supone una actitud de apertura y de escucha. Lo pone en situación de moverse en zonas fronterizas donde a menudo se encuentra con situaciones que lo sorprenden y le obligan a ver más allá de la superficie. El trabajo del investigador, entonces, se orienta a dar con “ciertas claves interpretativas de una *subjetividad situada*, tanto en términos estéticos como éticos y políticos” (Arfuch 2013:14). Ya al acercarse, el investigador sabe que no permanecerá incólume, que su interior se removerá, será cuestionado por el otro, y de allí saldrá re-elaborado, re-significado, re-constituido (Galindo Cáceres, 1998).

Con lo hasta aquí dicho, a fin de cuentas, y situados al interior de este debate metodológico, con sus implicaciones teóricas y de comprensión de la realidad, cabe preguntarse: ¿es válido

utilizar métodos biográficos para conocer lo que sucede en términos sociales? Sánchez (2012) resalta la utilidad de tal abordaje, pues permite “la comprensión de la articulación entre fenómenos sociales y realidades individuales”. Muestra, a lo largo de su obra, la pertinencia de dichos métodos para entender problemas de población marginada y excluida, tomando en cuenta su historia particular a partir de la reconstrucción de su vida cotidiana.

Las reflexiones aquí plasmadas las elaboré a partir de mi experiencia de investigación doctoral con métodos biográficos, sobre el tema de las identidades de jóvenes indígenas en la universidad, en el contexto de un programa de becas diseñado a partir de una lógica de discriminación positiva. El programa fue echado a andar en 2007 y por él han pasado más de un centenar de jóvenes de origen indígena, hombres y mujeres, provenientes de comunidades rurales del estado de Puebla, México.

3. Aspectos metodológicos y técnicos

En este apartado, más que hacer un recuento exhaustivo de las técnicas y las implicaciones metodológicas que hay que tener en cuenta al hacer investigación con métodos biográficos, quiero centrarme en algunos puntos que constituyen, a mi entender, el centro del oficio de investigador con métodos biográficos. Quizá el más importante de ellos, a partir del cual se desprenden consecuencias de diverso alcance, es el que tiene que ver con *la relación* que se establece entre el investigador y quienes cuentan su historia.

De entrada, es necesario dejar claro que no es lo mismo, evidentemente, pedirle a un desconocido que nos cuente la historia de su vida, sabiendo que se trata de alguien a quien veremos sólo una vez, que escuchar a una persona con la que se tiene ya una relación previa, del tipo que sea, y con la que se mantendrá la relación a futuro. Los jóvenes fueron entrevistados durante el curso de la investigación para recoger sus historias de vida a partir de una serie de entrevistas abiertas, entre tres y seis, según la disposición de cada uno, y el avance que se iba teniendo.

Antes de llevar a cabo el trabajo de investigación, yo trabajaba en la universidad y había formado parte del equipo coordinador del programa de becas, y fui el responsable del programa durante los dos primeros años. A dos de ellos los entrevisté en el proceso de selección, conocí a sus padres y los visité en sus casas para explorar su realidad más de cerca. Con los otros dos jóvenes la relación se dio a partir de mi participación como invitado a

platicar con ellos y ellas sobre diversos aspectos de su formación, sus planes, su relación con la sociedad.

El acercamiento se dio en entrevistas individuales y éstas se tradujeron, evidentemente, en una serie de preguntas planteadas para motivar el diálogo, buscando una plática lo más libre posible, dejando que los jóvenes hablaran de lo que les interesaba. Les pedí, simplemente, que me contaran su vida: primero de su vida en la comunidad de origen, su familia, la escuela, la decisión de ir a la universidad, y ya más específicamente, les animé a profundizar en su vivencia en esta etapa, especialmente su relación con profesores y compañeros. Lo importante era ir planteando los grandes temas y dejar que fueran hablando; si salía un tema relevante, hacía más preguntas para pedir explicaciones y abundar en detalles. Me pareció importante no dirigir la discusión solamente al terreno que a mí me interesaba, sino dejar que las cosas fueran llevando su rumbo y allí ahondar, tratando de no inducir ni condicionar las respuestas. Ello implicó, también, no insistir de más donde ellos ya no quieren seguir. Revisando las grabaciones y su transcripción puedo ver, en retrospectiva, que a veces volví a preguntar cosas que ya me habían respondido, en parte por querer mayores datos, en parte por distracción, por estar más atento a mi interés investigativo que a seguir la historia.

Un segundo punto, también crucial, tiene que ver con *la verdad y lo verdadero* en la investigación. Aquí se da, precisamente, otro ángulo de controversia entre las versiones más cuantitativas de la investigación social, que argumentan la necesidad de la construcción de una muestra lo más aleatoria posible para evitar cualquier sesgo, a fin de cuentas suponiendo que existe una verdad, o la verdad, a la que se puede acceder ajustándose estrictamente a un diseño metodológico pulcro y cuidadoso. Desde otra visión, con las historias de vida se asume que cualquier historia vale la pena ser contada y escuchada, pues el análisis nos mostrará la impronta de las estructuras en lo microsocioal, en la vida cotidiana de los sujetos comunes y corrientes. Siguiendo a Arfuch (2010 p.60), lo que importa no es tanto el contenido, sino “las estrategias ficcionales de auto-representación”; lo que hay que rescatar y promover no es una “verdad”, sino la posibilidad que se abre para la construcción de la narrativa donde el sí mismo de la experiencia pueda reconocerse como sujeto digno, valioso, único, capaz de hacer un aporte positivo.

En efecto, al explorar una vida, o las vidas de los sujetos, no se puede pretender una versión única, verdadera, exacta, ni siquiera “más representativa”, pues la condición de subjetividad hace que cada vez uno aprecie nuevos ángulos, se atreva a hablar de lo que antes escondía, y en ese sentido el relato adquiera también una condición catártica y sanadora. Por eso, como

nos recuerda Arfuch (2013), la memoria es una multiplicidad de historias. Y alcanza a los personajes ilustres, pero también a los de a pie, incluso en esos momentos cotidianos de conversación, cuando todos somos autobiógrafos y nos atrevemos a contar nuestra historia, una vez superada la primera impresión.

La manera en que se decide a quiénes entrevistar para la investigación puede hacerse siguiendo un patrón específico, pero lo indispensable es encontrar a quienes están en la situación que interesa conocer. En mi caso, César¹ se acercó un día a platicar conmigo, pasó por el pequeño cubículo que yo ocupaba y se sentó frente a mí. Empezamos a platicar de su comunidad de origen, que tenía para mí un interés especial por haber vivido en la región durante un tiempo. La plática derivó en las cuestiones lingüísticas y culturales, y en cómo había temas, palabras, maneras de decir las cosas, que no eran fácilmente comprensibles si no había un acercamiento mutuo. Yo le preguntaba cómo se decía esto o aquello en su lengua y lo comparábamos con otra lengua indígena, también mayense, de la que yo sabía los rudimentos, y luego con el español, para concluir que no era fácil hacer una traducción, menos aún si se buscaba aportar elementos para una comprensión contextualizada. A partir de allí, ya en confianza, le planteé mi investigación y él aceptó contarme su historia.

A Vanesa la había ido a visitar a su comunidad, a la casa de sus abuelos, cuando yo era el coordinador del programa. Le llevé una computadora que el programa le otorgaba y conocí su entorno familiar. En una visita posterior a su comunidad, tanto ella como su familia se mostraron muy abiertos, empáticos y comunicativos, me invitaron a comer en su casa y me confiaron pinceladas de la historia familiar y de la comunidad. En esa ocasión le planteé a grandes rasgos la investigación y mi invitación a participar contándome su historia, cosa que aceptó sin dudar.

Con Luis la relación se dio de manera un tanto especial. Él era de los primeros becarios del Programa, uno de los pocos jóvenes de la primera generación que se mantenía en la escuela al momento de hacer las entrevistas para las historias de vida; los demás habían concluido o habían desertado y ya no estaban más en la universidad. Luis formaba parte de una comisión que tenía como finalidad sensibilizar a los jóvenes becarios sobre su plan de vida, junto con otro par de jóvenes estudiantes, y me invitaron a platicar con los jóvenes de nuevo ingreso. Desde antes, una vez que había dejado mi puesto en la universidad, y habiéndome comprometido a apoyarlos precisamente a reflexionar sobre sus planes de vida, les había yo

¹ Los nombres de los jóvenes participantes los he cambiado por otros, ficticios, con el fin de mantener la confidencialidad.

ofrecido tiempo y escucha para quienes lo requirieran. En ese tiempo me encontraba con los jóvenes, ya fuera de manera colectiva, a través de un pequeño taller en el que les explicaba unas preguntas guía para pensar en su plan de vida y sus implicaciones, o en lo individual, cuando cada uno me platicaba lo que iba pensando, y yo le ayudaba a clarificar algún punto, le conseguía algún contacto, o le hacía algunas preguntas que le ayudaban a seguir su reflexión. Después de esa plática con los recién ingresados se me acercó Luis y me dijo que, puesto que yo había ofrecido escucharlos, él quería hablar conmigo. Así fue como empezamos a platicar. Desde el principio entendí que él quería aclararse el por qué estaba en la universidad, por qué no desistía, a pesar de múltiples adversidades que había tenido que enfrentar. Ya desde el primer año de su estancia en la universidad Luis había tenido algunos problemas de salud. Vino conmigo como encargado del Programa, me platicó su situación y yo detecté algo de ansiedad en él, y decidí canalizarlo con mi amigo médico que lo iba a escuchar y orientar, tanto en lo estrictamente médico como en su desazón existencial.

Acercarme a Yadira, después de la visita a su casa y conocer a su familia en el verano de 2012, fue relativamente fácil. Para llegar a su comunidad hicimos un recorrido de aproximadamente tres horas durante los cuales fuimos platicando de manera informal y fue entonces que llamó la atención su claridad en el lenguaje cuando hablaba de lo que pensaba hacer una vez terminada su carrera como ingeniera ambiental. Su familia me hospedó por un par de días y ello me permitió conocer dinámica familiar y comunitaria más de cerca, pues me trataron como un invitado especial a las fiestas de fin de cursos en las escuelas de su comunidad. Unos meses después la contacté a través de Facebook y le propuse encontrarnos para que me contara su historia. Ella aceptó inmediatamente.

El lugar donde se hicieron las entrevistas para escuchar las historias puede marcar una mayor o menor apertura, pues favorece u obstaculiza la relación de confianza. Lo que suele recomendarse es buscar un espacio apropiado, donde la entrevista se pueda conducir sin interrupciones y quien cuenta la historia se sienta cómodo, a salvo de escuchas que pongan en riesgo una comunicación de calidad. La solución más práctica, con Luis, Yadira y César, resultó llevar a cabo las entrevistas en un café, buscando una mesa alejada del bullicio, que permitiera mantener una conversación fluida. A Vanesa, en cambio, la entrevisté en su comunidad, y la última sesión se llevó a cabo en mi casa a solicitud de ella, pues le quedaba de camino a una reunión a la que ella asistiría.

En todos los casos, las entrevistas fueron grabadas en un teléfono celular y después transcritas textualmente para su análisis posterior.

3. *Escribir la historia, (re)escribir la propia*

A lo largo de las entrevistas sucedió lo que señala Ferraroti (2007, p. 17), en cuanto a que las historias de vida “ayudan a comprender que en la investigación social todo investigador es también un ‘investigado’”. El hecho de que existiera una relación previa con los jóvenes, sin duda facilitó el trabajo, pues yo estaba familiarizado con su entorno en la universidad, en la casa que compartían, incluso en sus comunidades de origen. El hecho de que en algún momento fungí como una figura con autoridad formal sobre ellos en tanto coordinador del programa, sin duda también influyó de una manera un tanto ambigua, pues por una parte había un compromiso implícito que ellos manifestaban ante una solicitud de mi parte, lo que abrió las puertas para iniciar el trabajo. Por otra parte, y a medida que avanzábamos en el relato de sus vidas, el reto de mantener la apertura se hizo presente. Hubo momentos en que sentí la necesidad de aclarar que podían hablar sin ningún temor, sobre todo en lo que se refería a sus valoraciones sobre la atención que recibían de quienes coordinaban el programa. Lo mismo sucedió en relación a las expectativas que la universidad tenía sobre ellos de manera implícita y que no necesariamente se ajustaba a lo que ellos y ellas entonces pensaban. Merece especial atención la obligación asumida al recibir la beca, de regresar por lo menos durante dos años a devolver un apoyo a su comunidad o región, y que claramente entraba en conflicto con los planes que algunos de ellos tenían, y que iban a contracorriente de la formación que habían recibido en la universidad.

Tampoco fue fácil abordar los temas comúnmente considerados tabú, sobre todo lo relacionado con las relaciones afectivas y la sexualidad, asunto que sin embargo se logró profundizar en el caso de Luis, con quien se dio de manera paulatina pero constante una relación de mayor confianza, debido quizá a que fue él mismo quien primero se acercó en busca de escucha. En el curso de las entrevistas hubo un momento en que él me pidió poner pausa a la grabación para compartirme confidencias de las que no quería que quedara un registro. En este caso es en el que con mayor claridad fui testigo de la manera en que el mismo Luis se fue re-elaborando, reorganizando sus ideas y revalorándose a partir de escucharse a sí mismo. La relación con él me permitió escuchar experiencias y valoraciones en torno a la sexualidad, al racismo, y fue quien se atrevió a hacer un juicio más crítico del programa de becas y aún de la universidad en general, llegando incluso a confiarme experiencias en torno a temas de los que se habla con dificultad, como las prácticas asociadas a la brujería en la comunidad, y que da cuenta de creencias profundamente arraigadas en el

imaginario y las prácticas culturales. También fue Luis el que más me confió de la situación familiar, de los conflictos en la comunidad y de las complicadas condiciones económicas, sociales y hasta afectivas que experimentó en su entorno inmediato.

En la posibilidad de acercarme a la experiencia más personal de las jóvenes influyó el género, pues las participantes al ser interrogadas sobre esos temas se limitaron a hablar de manera general. A pesar de ello, sin embargo, me permitieron conocer su punto de vista sobre cómo sienten que son vistas por su comunidad al ser, en ambos casos, de las primeras mujeres que salen a estudiar una carrera profesional. Al contrario de lo que pudiera parecer desde un juicio superficial, se trata de un asunto que no es menor, pues tiene que ver con nuevas maneras de entenderse a sí mismas, ubicándose claramente como mujeres que se piensan en otros horizontes, diferentes a los moldes tradicionales pero que, por lo mismo, exigen una dosis adicional de convicción y energía para mantenerse en camino de alcanzar el objetivo que se han trazado.

Llegado a este punto pienso en los retos planteados Pérez Ruiz (2011), a propósito de la investigación con jóvenes indígenas, que invita a desnaturalizar el concepto de *joven indígena*, para atreverse a ver lo que realmente hay detrás. Su planteamiento parte de la convicción de que, de alguna manera, en ellos y ellas se ven reflejadas las contradicciones de una sociedad profundamente enfrentada y esquizofrénica, que en el discurso oficial afirma sentirse orgullosa de su pasado indígena, grandioso y monumental y que, sin embargo, discrimina y estigmatiza a quienes tienen la piel oscura y hablan una lengua indígena, y carga la palabra *indio* de desprecio y desdén.

4. A manera de conclusión

Esta experiencia de trabajo me ha mostrado con claridad lo que, intuitivamente, motivó su inicio: vale la pena escuchar al otro diferente, al otro que se sitúa (o, mejor, es situado) al margen. Vale la pena intentar descubrir lo que sucede en medio de una “proliferación de voces que pugnan por hacerse oír”. (Arfuch 2013:19).

Durante las entrevistas para recolectar la historia de vida buscaba poner la mayor atención, en tres dimensiones, enumeradas en orden de profundidad: en primer lugar, buscaba “no perderme” en el relato y, aunque no tenía una serie de preguntas, ni rígidas ni abiertas, previamente definidas para la entrevista, sino que apostaba más a la intuición y a la “pesca”

de hilos y vetas interesantes para profundizar, tenía que mantenerme alerta para no terminar en otra entrevista, en otro lugar, en otra investigación.

En segundo lugar, a medida que la confianza construida antes, pero sobre todo precisamente allí, en el “corazón” de la entrevista, me sentía éticamente obligado a escuchar las palabras de cada uno y cada una de los jóvenes que entrevisté, que me contaron su vida, que me confiaron sus secretos. En este caso ayuda el hecho de tener la grabadora (o el iPhone, para efectos prácticos es lo mismo) enfrente, pues la energía no se consume en un esfuerzo de memorización. Ello permite, a su vez, atender a lo que resuena, a lo que llama la atención, sea por su conexión de sentido profundo, o por el dolor que las palabras expresan, asumiendo que no es posible establecer una clara frontera cuando los sentimientos humanos más básicos entran en juego: afecto, compasión, dolor, orgullo. Lo que sí puedo decir, ahora, es que en ese diálogo, en esa escucha, nos volvimos amigos, o más amigos, de lo que antes éramos.

Mi resonancia con la experiencia de los jóvenes me llevaba, a menudo, al tercer nivel de comprensión: mi propio diálogo interno, pues no se puede dejar de comparar la vida que se narra para uno, con la propia historia. Ocurre lo que Ferraroti refiere en cuanto a que en la escucha de la investigación se suspenden, así sea por un momento, las distancias socioculturales, y desde allí se compara, se interpreta lo que el otro dice, y se reelabora y se relee la propia historia. En algún momento, después de escuchar el dolor de Luis me sentí obligado a compartirle una parte de mi propia historia, también dolorosa, para decirle, con humildad: ni eres el primero ni serás el último que pasa por esto, vamos en la misma barca, estamos hechos de lo mismo.

La narración, al toparse con momentos de dolor y de duelo, tiene una condición catártica, de sanación, al atreverse a recordar y darle nombre a eso que ha sido negado, por doloroso. Quizá también ayuda a constituir un espacio propicio para el sujeto, donde resignifica lo vivido, pues al escucharse hablar entiende de manera más cabal, más profunda y compleja, su propia experiencia. Y es en ese ejercicio de interacción, de diálogo con sí mismo y con el investigador, donde “se arma el rompecabezas”, se redefinen las identidades, las pertenencias, los significados de lo vivido, de tal manera que se puede llegar a un mayor y más cómodo nivel de comprensión de la propia vida.

La investigación con historias de vida es trabajo delicado. Supone estar dispuesto a abrirse, a dejarse tocar y cuestionar. El ejercicio de investigación y reflexión supuso para mí, sin duda, un cambio en la imagen preconcebida que tenía de los jóvenes indígenas. Esto, a su vez, me

obligó a revisar y reformular mis conceptos teóricos y a buscar una adecuación de las estrategias metodológicas para aproximarme a su experiencia, a sus vidas, pues el tratamiento de los datos requiere un ejercicio de honestidad intelectual que hay que renovar y actualizar hasta la redacción final del trabajo.

Apunto, finalmente, una convicción cuya comprensión no se agota, sino que sigue dando pie a nuevas, renovadas y acuciantes preguntas. El trabajo con historias de vida de estos jóvenes ha de ser asumido desde una posición ética situada en un lugar específico, lo que lleva a tomar partido y decidir, hasta donde es posible, ponerse en su lugar, mirar con sus ojos, procurar entender los mecanismos desde los cuales hacen sus juicios y valoraciones. Es, sin duda, una presencia permanente que me sigue cuestionando sobre la pertinencia de la investigación, más allá de mi interés inmediato, y reaviva la necesidad de encontrar la fórmula adecuada para combinar amistad, cuestionamiento, análisis y observación, en ese intento renovado de acercarse al otro.

San Andrés Cholula, Puebla, México, junio de 2014

Trabajos citados

Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Bellaterra.

Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones* (29).

Bourdieu, P. (2010). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ferraroti, F. (2007). Las historias de vida como método. *Convergencia. Revista de ciencias sociales*, 14 (44), 15-40.

Galindo Cáceres, J. (1998). Etnografía: el oficio de la mirada y el sentido. En J. Galindo Cáceres (Coord.), *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación* (págs. 347-383). México: Pearson Educación.

Pérez Ruiz, M. L. (2011). Retos para la investigación de los jóvenes indígenas. *Alteridades* (42), 65-75.

Sánchez Díaz de Rivera, M., & Hernández Rojas, L. (2012). *Como las mariposas monarca. Migración, identidad y métodos biográficos*. Puebla: UIA-P.